¡VALIENTE TIO TENE

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL

DE

D. SANTIAGO BAYON MARTIN



MÁLAGA

IMPRENTA DE M. RANDO NAVAS
2. ALCAZABILLA, 2
1884

Es propiedad de su autor, quien perseguirá ante la ley, al que la reimprima ó represente sin su permiso.

Á LOS SEÑORES EMPLEADOS
DE LA ADMINISTRACION ECONÓMICA DE MÁLAGA
EN FEBRERO DE 1881.

DEDICATORIA.

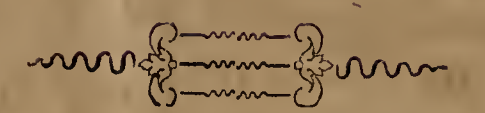
Por falta de papeles ó metales,
De esos que se cambian, con los cuales
Todo se hace, asi sea un gran chapuz
Presunto literario sale á luz,
Yacia éste abismado en el rincon
Del olvido sin vida y sin opcion
Hasta que cierto amigo le vió y dijo,
Sacudiéndole el polvo:—«Te prohijo.
»Ya que el que te engendró es tan indolente,
»Que apesar de la gracia competente,
»De la que no tan parco fué en dotarte,
»Como él dice, se obstina en ocultarte
»Echándola de honesto en poesia,
»Achaque de los siervos de Talia,
»Y de que él no tiene aspiraciones
»Ni se hace con sus versos ilusiones,
»Cuando en esto de ser realmente humilde
»No hay poeta que entienda ni una tilde;
»Nosotros, sus concólegas, queremos
»Publicarte ¡VALIENTE TIO TENEMOS!»
—Sea; y que vuestro empeño justifique
El que obra tan pobre os dedique...

Vuestro compañero

Santiago Bayón Martin.

PERSONAS.

D. Diego.
D.ª Elisa.
D. Eloy.
Saturia.
Elias.



Propiedad de D. Santiago Bayón Martin

ACTO ÚNICO

Sala con puertas laterales, y al fondo.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO.

Solo, sentado, y leyendo la Correspondencia.

Bien por la Correspondencia!
Diario mas á propósito
para matar el mal tiempo,
y estar al corriente en todo
lo que ha pasado, yo creo
que en este mundo y el otro,
no le ha habido ni le habrá
per sœcula sœculorum.
Con que gracia niega hoy
los noticiones tan gordos
que afirmó ayer haber visto
el Preste Juan, su consócio.
Aquellos «Dícese ó Créese,»
traducidos à su modo,
y de las altas regiones
los supuestos episódios,
tienen muchos pelendengues,
no están escritos por tontos.
Pero esto es *peccata minuta*:
en cambio ella es un periódico
con mucha sal aunque en prosa,
y barato como pocos:
lo de instruir deleitando
es obra que entiende él solo:
con sus anuncios de drogas,
y su novelita en fólio;
muchas pérdidas y hallazgos,

y no pocas cruces de óbito....
está un papel... hasta ahí,
para presos y ociosos.
No hay duda, su fundador
nació sabiendo ó sabiondo.
A ejemplo de otro mas grande
que despreció los tesoros
del rico, teniendo en mas
de uno y otro pobre el óbolo,
dió como aquel con el *quid*
de edificar sobre sólido,
erigiendo como él
su exclusivo capitólio.

ESCENA II.

DON DIEGO. SATURIA, *por la derecha.*

SATURIA. Buenos dias, señorito:
usted siempre está agarrado
al papel de los cocheros
D. DIEGO. Saturita, si le agarro
es porque tu no te dejas... *(Se levanta.)*
SATURIA. Si empieza usted tan temprano
con esas cosas, me voy,
y no vuelvo.
D. DIEGO. Ya me callo.
Pero aunque tu no me quieras,
déjame decirte algo,
siquier sean dos palabras,
como por ejemplo «Te amo.»
SATURIA. Vaya un modo de callarse!
D. DIEGO. Pues chitó, y dáme un abrazo. *(La toma una mano.)*
Mi Saturita!... *(Con pasion.)*
SATURIA. Don Diego,
ó me suelta usted, ó llamo...
D. DIEGO. Humanízate, ángel mio! *(Sin soltarla.)*
compadécete de un amo
que ansía ver desde hoy
nuestros papeles trocados,
no desde hoy, desde ahora
yo soy Diego, tu criado,
tú... mi ama Saturita.
SATURIA. Si está usted medio baldado, *(Forcejea en vano.)*
en qué puede usted servirme!...
D. DIEGO. El amor hace milagros.

Quiéreme tú, tanto asi...
y veràs si estoy lisiado.

SATURIA. Mire usted que puesto al fuego
el chocolate he dejado...

D. DIEGO. Y quieres al de tus ojos
dejarme á mi abandonado?

SATURIA. Y se vá á ir...

D. DIEGO. Y por què?...
no se ha ido ya.

SATURIA. Si me tardo.

D. DIEGO. Que se vaya el chocolate,
en buen hora, al fin es malo;
pero no te vayas tú,
que en tu seno nacarado
de mi estómago te llevas
el mas regalado pasto.
Que se vaya mi sobrina,
me quita de encima un cargo;
pero no te vayas tú,
porque sin tu acento cálido
vas á quedar mi querer
helado de cabo á rabo.
Que se me vaya el dinero,
me quedo mas descuidado;
pero no te vayas tú.
porque me quitas cien años
que aun puedo muy bien vivir
si los pasara á tu lado.

SATURIA. *(Rie.)* Ciento! y lo menos setenta...

D. DIEGO. Es un siglo y un retazo.
Qué mucho! si ahi, en Méjico,
un noventon celibato
se casó en mil setecientos
veinte, y ha muerto este año;
un Don Pedro de la Honda
y Legorreta, soldado
en mil seiscientos sesenta,
poco despues que Pizarro.
Ahi está la Correspondencia...
te lo leo..?

SATURIA. *(Farcejea, logra desasirse, y huye por la derecha diciendo.)*
Vaya al diablo
la Correspondencia, y...
los viejos tan árriscados.

D. DIEGO. Oye, y escucha, y perdona,

si ya estaba yo acabando,
si ya no te iba á decir mas...
que un millon de veces «Te amo.»
Pero no oyes, Saturita?... *(Gritando.)*
El chocolate, volando,
que ya sabes que me matan
la gota, el asma y el flato.
(Cae sobre su butaca tosiendo, y queda callado, abatido.)

ESCENA III.

D. DIEGO. D.ª ELISA *por la izquierda y con el chocolate toma asiento junto á su tio.*

D.ª ELISA. Muy buenos dias, Tiito:
como está usted?
D. DIEGO. Qué sé yó...
cada dia mas asmático:
luego esta pícara tós... *(Tose fuerte.)*
D.ª ELISA. Si usted se cuidase mas,
se pondria algo mejor,
y aun se restablecería.
D. DIEGO. Cepos quedos.
D.ª ELISA. Si señor:
si usted no leyera tanto,
y ya no soñara con...
D. DIEGO. Con qué, Elisa, con qué.
D.ª ELISA. Con cosas que ya no son
propias de su edad y estado.
D. DIEGO. ¡Niñas de mi corazon, *(Exaltado.)*
de ojitos fascinadores,
magnetizadora voz!...
¿Qué tiene que ver la edad
con mi fé y con vuestro amor?
¿Qué, el estado, què, los males,
qué lo de ayer con lo de hoy?
D.ª ELISA. Siga usted asi, y verá...
D. DIEGO. Corriente; *Kirie eleyson.*
D.ª ELISA. Entre la Correspondencia,
y la Saturita....
D. DIEGO. Oh!... *(Calmándose.)*
tan criminal vas haciendo,
hija mia, esta cuestion....
D.ª ELISA. No digo que usted por esa
su extemporánea aficion
sea reo de presidio,

pero si de panteon.

D. DIEGO. Venga, dàme el chocolate,
antes que otra vez la tós...
(D. Diego echa mano al pocillo y le derrama; doña Elisa le toma, le sopla y se lo dá como á un niño: acto ridículo que depende de los actores. Momento de pausa.)

D.ª ELISA. Qué lo vierte..., usted no cree
que está hecho ya un tumbon.
(Otra pausa, interin dá unos cuantos sorbos y lo concluye.)

D. DIEGO. Nada, no salgas de ahí,
de que soy y de que estoy...

D.ª ELISA. Tio, Diego..! *(Se levanta agitada.)*

D. DIEGO. Qué hay sobrina? *(Con indiferencia.)*

D.ª ELISA. ¿Qué ha hecho usted de su razon?
De sus sentimientos, qué?
Qué, dé su talento atroz?
¿De aquel paternal cariño
que un dia me profesó
cumpliendo con el deseo
que en el lecho del dolor,
le encareciera su hermana,
mi mamá á la que ofreció
tenérmele eternamente,
què ha hecho mi tio y tutor?
¡Cómo el acento sagrado
de aquella doliente voz..,
como su mision bendita
heis olvidado, señor!
(Don Diego, toma el periódico y se pone á leer para sí.)
¡Porqué habeisme postergado...
cómo y por quién... ¡qué horror!
por una pobre sirvienta
que siempre os esquivó;
la que traeis asustada
con vuestra conversacion,
y á la que solo infundís
asco, tédio y mal humor,
cuando oye vuestro ridículo...
¡Ella que és una flor!
«Saturita, Saturita...»

(Doña Elisa parodia el tono y las maneras de Don Diego, el que impasible principia á leer en alta voz, y alternando con la conversacion de la sobrina, forman entre los dos una especie de duo melo-dramático ó escena joco-séria.)

«Mi Saturita..!»
D. DIEGO. El Baron... (*Leyendo.*)
D.ª ELISA. «Te amo.»
D. DIEGO. Del solar del...
D.ª ELISA. «No te vayas.»
D. DIEGO. Boqueron...
D.ª ELISA. «Por que sin tu calor grato...»
D. DIEGO. Vá á dar un té con turron...
D.ª ELISA. «Se vá á quedar mi querer...»
D. DIEGO. De gran significacion...
D.ª ELISA. Habrá un viejo más...
D. DIEGO. Política
á los de su comunion.
D.ª ELISA. Verde?
D. DIEGO. Entre los que, se asientan...
D.ª ELISA. ¡Ay!
D. DIEGO. Cuatro en la situacion...
D.ª ELISA. ¿Le habrán dado algun narcótico...
D. DIEGO. Y diez en la oposicion...
D.ª ELISA. De esos que dan...
D. DIEGO. Sin contar..
D.ª ELISA. Al traste con la razon?
D. DIEGO. Al marqués de la Tirilla,
su presidente ó santon.
(*Ambos esfuerzan la voz gradualmente como para hacerse oir recíprocamente hasta concluir la escena.*)
D.ª ELISA. ¿Le habrá echado una gitana...
D. DIEGO. Se espera...
D.ª ELISA. Su maldicion?
D. DIEGO. En esta Córte...
D.ª ELISA. Ó será...
D. DIEGO. El diestro más matador..,
D.ª ELISA. Que tiene dentro del cuerpo
al demonio tentador?
D. DIEGO. Y á un personaje que toca
como nadie el violon.
D.ª ELISA. ¡Válgame santa Teresa,
y el nonnato san Ramon.
D. DIEGO. Anoche se dió una Murga
á don Gil el de Chinchon.
D.ª ELISA. Esto es ya demasiado; (*Alterada.*)
basta de humillacion:
basta; no mas á un ingrato,
tan viejo y calaveron,
debe amar y llamar tio
una niña como yo!

D. DIEGO. Se está ensayando un sistema... *(Pacífico.)*
D.ª ELISA. No lea usted más señor!
(Acceso ó vértigo. Arrebata el periódico á su tio y le hace pedazos.)
que leer tanto es tan malo
para el bazo y el pulmon
como el decir, ¡pocas veces!
nada menos que un millon,
á Saturita, «Te amo.»
con un pié en el panteon. *(Vase por la izquierda.)*
D. DIEGO. Malo será leer tanto,
pero oirte á tí, es peor. *(Se levanta sin alterarse.)*

ESCENA IV.

D. DIEGO, *Luego* D. ELOY *por el fondo.*

D. DIEGO. Anda con Dios, nerviosilla!
Pues lo mismo era su madre!
Me gusta el vino y los nérvios
porque dicen las verdades.
D. ELOY. No es usted solo, don Diego,
á quien le gusta el jarabe
higiénico del San Lúcar;
Jerez, Toro, Pinto, Ardales,
Laseca, Rueda, Medina
del Campo, y del Manzanares,
del Peralta y Cariñena,
Montilla y Benajarafe..,
D. DIEGO. Y el Priorat ¿dónde queda?
D. ELOY. Tambien es caldo potable,
como el Chinchon, Valdepeñas...
todos son estomacales
para poner á cualquiera...
ébrio, como usted ya sabe,
D. DIEGO. Míl gracias por el favor...
D. ELOY. Oh, dispense usted la frase;
pero usted mismo lo ha dicho:
«Donde hay vinos, hay verdades.»
D. DIEGO. Tal vez será usted nervioso...
D. ELOY. De vez en cuando un ataque,
que me coge desde aquí, *(Se toca la cabeza.)*
digo, hasta los carcañales:
tengo tambien ictericia,
en esto soy, hijo de padre:
doy lecciones de violon

gratis, esto es, de valde:
mas contra vicios y diablos
siempre hay virtudes y arcángeles;
de aquí que el vicio nervioso
tambien tenga su calmante,
que es estar á medios pelos.

D. DIEGO. Como usted en este instante.

D. ELOY. Hágamelo usted mas bueno,
y lè cantaré un romance.

D. DIEGO. Tendrá usted nombre!

D. ELOY. Esplendente.

D. DIEGO. Dígamelo si lo sabe.

D. ELOY. Don Nomenclator Vinícola
me llamo y soy de Cascante.

D. DIEGO. Y ocupacion?

D. ELOY. Ahora estoy
estudiando para alcalde.

D. DIEGO. Y cómo, y á qué, entró aqui?

D. ELOY. Por la puerta de la calle,
y para pedirle la mano
de doña Elisa Durante.

D. DIEGO. Pídasela usted á ella.

D. ELOY. Y ella dice que à su padre.

D. DIEGO. Como! si falleció el año
setenta y tres.

D. ELOY. Qué tunante!

D. DIEGO. Digo que murió.

D. ELOY. Y yo digo,
Diego, *Requiescat in pace.*

D. DIEGO. Señor mio...

D. ELOY. Muy señor
mio y amigo...

D. DIEGO. Carape!
acabaremos?

D. ELOY. Tan pronto
como usted, don Diego, acabe
de darme el «*si..,*» ya me tiene
de patitas en la calle.

D. DIEGO. Eso hay que verlo despacio.

D. ELOY. Pues entonces, dispensadme.

(Toma asiento, saca un libro, y se pone á leerlo en voz alta.)

Repasaré la leccion
que tengo para esta tarde,
en tanto qué...

D. DIEGO. Caballero..!

D. ELOY. (*Lée.*) «Real órden...

D. DIEGO. Eso es faltarme!

D. ELOY. (*Lée*) «La ley sobre ayuntamientos,
«dice: Todos los alcaldes
«de monterilla ó pedáneos
«deben de consultar antes
«de proceder á...

D. DIEGO. ¿Qué es esto!

D. ELOY. (*Representa*) Ah! Queria usted enterarse?
Esto es ley y órden á un tiempo..,
ó un mixto de...

D. DIEGO. Botarate..! (*Algo irritado.*)

D. ELOY. Orden y ley. (*Se levanta.*)

D. DIEGO. Ha venido
de exprofeso á injuriárme? (*Mas excitado.*)
pues sepa usted que este viejo
tiene un corazon que aun late,
y que aun no ha colgado la espada
que desenvainó en Ramales.

D. ELOY. Pues mientras la saca usted.
repasaré...

D. DIEGO. (*Arranca el libro de las manos á don Eloy y se lo arroja al rostro, quien permanece impasible; contraste de efecto que, como he dicho, depende de los actores.*)
¡Miserable! (*Breve pausa*)

D. ELOY. Tome usted para los nervios
buenos caldos nacionales
de esos que chorrean las lomas
del Higueron y Almayate:
vino lágrima y añejo,
¡ó que gran atemperante!

D. DIEGO. Este infeliz tiene màs (*Aparte.*)
de loco que de cobarde.
ahora que en ello me paro. (*Reportándose.*)

D. ELOY. El seco no es tan laxante. (*Gritando á su vez.*)

D. DIEGO. Gracias á eso no me pierdo.

D. ELOY. No afloja tanto...

D. DIEGO. Mas vale (*Vá hácia la puerta.*)
irme y dejarle...

D. ELOY. (*Le impide el paso enseñándole los puños crispados.*)
Don Diego!
eso es à su vez faltarme,
y yo á la mia le digo
que jamàs me faltó nadie
sin saltarle yo los sesos,

(*A estas vóces salen corriendo por la izquierda Doña Elisa y Saturia.*)

ESCENA V.

D. DIEGO, D.ª ELISA, D. ELOY, SATURIA.

D. ELOY. Elisa!
D.ª ELISA. Eloy! (*Calma general.*)
D. DIEGO. Saturita!
SATURIA. Entónces... yo digo Diego.
D.ª ELISA. Pero, por fin, que ha pasado..?
D. ELOY. En simulacro, dos duelos.
D. DIEGO. Que aquí el señor de Vinícola...
D. ELOY. Y, á qué tales rodeos!
Le pedí tu mano, y...
D.ª ELISA. Te la negó.
D. ELOY. Por supuesto.
Que lo veria despacio...
D.ª ELISA. Te dijo.
D. ELOY. Pero primero,
que te la pidiese á tí:
conque en rigor, si me atrevo
à pedírtela no haré
mas que cumplir...
D.ª ELISA. Ya lo creo..!
D. ELOY. Esto, ya ves, no es faltarle,
ni para ponerse hecho
un fiero y querer sacar
á relucir un acero;
con el cual venció allá en Flandes...
D.ª ELISA. No; en Ramales; eso es cierto;
Tiito se encontró allí
con el bueno de Espartero,
como el dice,
D. DIEGO. Saturita... (*Bajo al oido.*)
vé y trae en un momento
mi charrasco, el toledano.
SATURIA. Como no vaya á Toledo.., (*Idem Idem.*)
lo que es en casa no sé
que haya tal instrumento.
D. DIEGO. Yo iré; pero tu en tanto (*Idem Idem.*)
no violes el secreto.
SATURIA. Hay alguno inviolable..? (*Idem Idem.*)
D. DIEGO. Eres discreta; en efecto, (*Idem Idem.*)
no le hay. (*Alto á don Eloy, y váse por la derecha.*)

Don Nomenclator,
soy con usted; ahora vuelvo.

ESCENA VI.

Los mismos, *menos* D. Diego.

Saturia. A repartir la parada
y cada mochuelo á su olivo.
D.ª Elisa. Pues qué te ha dicho, qué hay!
Saturia. Nada, y puede haber muchísimo.
Sin duda el tiene algun sable...
D.ª Elisa. Se lo tengo yo escondido,
porque un dio estuvo en poco
que no matase à Cirilo,
Juan, José, Gil, Ana, Luis,
en fin, á todos sus hijos.
D. Eloy. Pues cuantos y cuantas tiene?
Saturia. Qué sabe usted! ¡Es un tio!
D.ª Elisa. De la primera mnjer
solo tuvo veinte y cinco.
D. Eloy. Ese es un..! «Rompe Cabezas.»
¿Dónde están todos mis primos?
Saturia. Mire usted no se la rompa
él á todos sus sobrinos.
D. Eloy. Yo no soy mas que aspirante
por ahora.
Saturia. Cuidadito,
que el viejo ha dejado ya
á tres hijas sin marido.
D.ª Elisa. Saturita!
Saturia. Con qué, ojo,
señor sobrino político.
D. Eloy. Pues dí que Herodes el Grande
no cobró peor con sus hijos!
D.ª Elisa. Si; tiene dias terribles
en los cuales es preciso
huirle el bulto.
Saturia. Eso, aun cuando
esté de un humor bendito.
D.ª Elisa. En cambio hay otros en que
si le piden á Tiito
la camisa es muy capaz...
D. Eloy. De quedarse en cueros vivos?
Saturia. Eso, si!
D.ª Elisa. Fuera de bromas,

Eloy, no le hay mas fino,
mas atento y bien hablado,
generoso y compasivo.

SATURIA. Y en estando él de ole,
hasta ahí, de divertido..!

D.ª ELISA. En no faltándole, es todo
un caballero cumplido.

D. ELOY. Eso, mucho! que há muy poco
me arrojó à la cara un libro.

D.ª ELISA. Le faltarías tú.

D. ELOY. Dále,
con tanto faltar; ya he dicho...

D.ª ELISA. Como le estamos faltando,
qué duda tiene, ahora mismo!
Las cosas hay que mirarlas
como son en sí, con juicio.
Si, lo que Dios no permita,
llegásemos á un conflicto,
¿Quién, pues, sería el causante
de tal ruina y extravìo?

D. ELOY. Eso, es decir que me vaya!

D.ª ELISA. ¡No te llames tú á ofendido!
que el amor y la razon
en mi sentir no han reñido
jamás, por más que este axioma
para algunos sea ambíguo,
ó bien para otros contenga
varios y opuestos sentidos
al mio; y adopta tú
aquel en que yo le digo,
Reconócele, si quieres,
mi más fiel y digno amigo,
mejor dicho, pues me amas;
y...

D. ELOY. Hasta luego, bien mio. (*Váse por el fondo.*)

ESCENA VII.

D.ª ELISA, SATURIA, *Luego* D. DIEGO *que sale por la derecha apuntando con una escopeta.*

D.ª ELISA. Y lo siento que se vaya.

SATURIA. Le ha dicho usted que aquí estorba!..

D.ª ELISA. No muger, ¡qué disparate!
yo no le he dicho tal cosa:
que era un compromiso, si...

SATURIA. ¡Digo! será usted graciosa!..

D.ª ELISA. Y que entre los dos debíamos
evitarle á toda costa.

SATURIA. Vamos, si, ahora caigo;
y yo comprendí ¡qué tonta!
que la razon y el amor
conocen cuando incomodan;
y que como don Eloy
no es ningun papa-moscas...

D. DIEGO. ¿Dónde está el nuevo sobrino?

D.ª ELISA. Tio..! (*Con sobresalto.*)

SATURIA. Señor..! (*Idem.*)

D. DIEGO. Ese idiota..!

D.ª ELISA. Tio, por Dios! Por Dios, Tio!

D. DIEGO. Si lo veo que estaís solas; (*Deja de apuntar.*)
no me tiotées más,
ni me pordiosées, toma; (*Dá el arma á D.ª Elisa.*)
y no vuelvas á ocultarme
mi espingarda y mi tizona;
por que si crées así
aquietarme te equivocas.
Toma, cuélgala y no olvides
que salió tu prima Rosa
por un error semejante
de aquí como las Palomas.

D.ª ELISA. Dónde las cuelgo? (*Cogiendo el arma.*)

D. DIEGO. Ellas son
salvaguardias de mi honra.

D.ª ELISA. Bien; pero dónde...

D. DIEGO. Ya sabes,
las pones, como yo, en forma
de pabellon ó en cruz;
esta, asi...
(*La demuestra como, poniendo los brazos segun este signo* ×.)
y asi la otra;
en símbolo de trofeo...

SATURIA. (*Quitando el arma con desenfado á doña Elisa.*)
Sé cómo y dónde; en su alcoba.

D. DIEGO. Saturita, si he querido
que la lleve mi señora
sobrina, es porque ella sabe
donde tiene...

SATURIA. La tizona..? (*Echa á andar.*)

D. DIEGO. ¡Bien por el aire marcial, (*Interpónese á su paso.*)
y el génio de la amazona!

Pero, ó no vayas, ó vuelve,
ó no tardes, ó...

SAATURI. Ole y hola;
si tardo será porque,
entre estas y las otras,
aun no he fregado, barrído,
ni echado sal á la olla.
(*Vàse por la derecha eludiendo la accion de don Diego que intenta asirla de un brazo.*)

ESCENA VIII.

D. DIEGO, D.ª ELISA.

D. DIEGO. Sabe, Elisa, que estas óosas
me ponen malo.
D.ª ELISA. Paciencia:
las cosas estas á mi
me tienen tambien enferma.
D. DIEGO. Yo tomaré mis medidas...
D.ª ELISA. Tome usted las que usted quiera,
pues que la mia, don Diego,
de las de usted está llena.
D. DIEGO. Siempre me gustó...
D.ª ELISA. Señor..!
D. DIEGO. Un valiente, y más si es hembra!
D.ª ELISA. Pues me obligais, voy á daros
de mi amor la última prueba.
D. DIEGO. Por si me la das muy grande,
déjame sentar siquiera. (*Se sienta.*)
D.ª ELISA. Yo me voy.
D. DIEGO. A sentar plaza?
D.ª ELISA. Con mi tia doña Andrea,
la directora...
D. DIEGO. Del hambre;
qué quiere que el mundo aun tenga
por lunares sus berrugas.
D.ª ELISA. Y usted quiere que le tema
aun el mundo por valiente;
y rareza por rareza,
menos ridìcula encuentro
la de tia que la vuestra.
D. DIEGO. Gozando estoy lo imposible
con tu enérgica franqueza.
Adelante y vengan ayes
con todas sus peripecias,

que oirles de una sobrina
á quien se aprecia no es mengua;
al contrario es un honor
que arroja de sí la idea
de que no ha degenerado
nuestra noble, pura, egregia
estirpe; que es la misma sangre
la que corre en nuestras venas.
Sigue, pues, con la hilacion.
de tu ofrecida prueba,
cambiando voces y afectos
con tu magistral destreza;
imitando, pues que eres
valienie al par que discreta,
ya el balar del corderillo,
ya el rugir de la pantera;
será así mayor mi gozo,
y tu prueba mas completa.

D.ª Elisa. Deje usted quieto el valor
y la discrecion mas quieta,
porque usted materializa
las virtudes cual si fueran
la discreccion algun sable
y el valor una escopeta.
Ellas dejaron ya à usted,
déjelas usted ya á ellas.
Son de efecto retro-activo
para usted ya tales prendas.

D. Diego. Retro-qué?

D.ª Elisa. ¿Què nó? usted muere
al filo ó al fuego de ellas.

D. Diego. Siga la buenaventura.

D.ª Elisa. Me voy...

D. Diego. Muy enhora buena,
aunque equivale á pedirme
tu patrimonio...

D.ª Elisa. Mi herencia.

D. Diego. Tu reiterado «Me voy.»

D.ª Elisa. Bien, pero ahora no es esa
la idea que me separa
de un tio...

D. Diego. Y aunque lo fuera
á mi me importa muy poco
que te incautes cuando quieras
en tu hacienda pues que son
mucho mas pingües mis rentas;

de las que tengo dispuesto
dejarte por heredera
de una parte. Mas hoy mismo,
puesto que en ello te empeñas
borraré del testamento
la claúsula en que se lega
à doña Elisa Durante
ciento veinte mil pesetas. *(Se levanta)*

D.ª ELISA. Tiito.., yo no me voy...
D. DIEGO. En qué quedamos? *(Dirígese á la puerta.)*
D.ª ELISA. De veras... *(Ponésele delante.)*
D. DIEGO. Pues como te vás, ¿de chanzas? *(Quiere andar.)*
D.ª ELISA. No soy yo, la... *(Y no le deja.)*
D. DIEGO. Zalamera! *(Con cariño.)*
D.ª ELISA. No soy yo la que se vá,
es el miedo el que me lleva.
D. DIEGO. Qué miedo..? el de perder *(Vuelve al asiento.)*
los cuatrocientos ochenta
mil del pico...
D.ª ELISA. No señor,
D. DIEGO. Con item mas su gabela?
D.ª ELISA. Qué franco es usted, Tiito! *(Risueña y cariñosa,)*
D. DIEGO. Veo que tu eres ingénua..!
de consiguiente...
D.ª ELISA. Ese miedo
mas bien será el que me queda.
Pero el que hace que me vaya,
ó, como he dicho, me lleva,
es otro.
D. DIEGO. Pues cuantos hay,
ó tienes en tu cabeza?
D.ª ELISA. Un millon!
D. DIEGO. Vé tu diciendo,
que yo llevaré la cuenta.
D.ª ELISA. El primero y principal
el de perder la pelleja.
D. DIEGO. Alto, con ese te sobra
para matar á cualquiera;
con otro igual un recluta
mató á una cantinera;
que el miedo es como un rewolver
de doble efecto ó sistema.
El caso fué que un remonto
que estaba de centinela
viendo acercársele grupos
y que estos gritaban «Muera,»

convulso, febril dejó
caer su fusil en tierra.
Pero, al golpe, se fué el tiro,
y oyéndole una mozuela,
y el tal quinto, á la explosion
cayó él muerto, y ella muerta.

D.ª ELISA. Y le parece tan poco
el susto de una sorpresa?

D. DIEGO. Si tienes, alma tan tímida
que hasta un sueño te amedrenta,
y no puedes desecharle
ni con la razon dispierta;
si tal vez en esta casa
no te hallas bien; si sospechas
que yéndote acabarán
tus temores y tristezas;
mas clarito si es mi génio
el que tu miedo acrecienta...

(Doña Elisa cae á los piés de D. Diego, quien la levanta y la hace sentar junto á él acercándola el mismo la silla, así que ella dice lo siguiente:)

D.ª ELISA. Lo adivinásteis! Sois bueno!
Sois un sábio! yo... muy nécia,
Oh! perdonad...

D. DIEGO. No hay de qué.
Alza, antes que te vea *(Se levanta D.ª Elisa.)*
el mundo á los piés del diablo
y se ría á costa nuestra

D.ª ELISA. Os doy un millon de gracias.

D. DIEGO. Con una que sea buena
no quiero más, me contento.
Siéntate aquí.., más.., más cerca
y cuéntame la verdad,
como quiera que ella sea.

D.ª ELISA. Sepa usted que no me voy...

D. DIEGO. No, si ya sé que te quedas.

D.ª ELISA. Sino porque tira usted,
Tiito, unas indirectas..,
que me tienen asustada.

D. DIEGO. Tan gordas son?

D.ª ELISA. Son tremendas,

D. DIEGO. Venga de ahí, y llévese
la razon el que la tenga.

D.ª ELISA. Así debe ser. Ahora,
cuando lo de la escopeta,
sin haber, en mi concepto,

motivo, y á consecuencia
de haberle guardado el sable
para que no se enmohezca
mas de lo que está y acabe
de podrirse...

D. DIEGO. Buena pieza!
¡Podrirse el mejor acero
que hubo en la pasada guerra!

D.ª ELISA. Al caso: usted me intimó
esta especie de sentencia:
«Toma, cuélgala y no olvides
»que salió tu prima Rosa
»por un error semejante
»de aquí como las palomas.»
Ya ve usted que si tambien
salgo yo por la azotea,
para qué quiero, tiito,
mi hacienda ni las agenas.

D. DIEGO. De tu decir se desprende
una mala inteligencia
que debo rectificar
pues que me infiere una ofensa.
Rosa perdió el juicio y tuvo
un acceso su demencia
en hora tan desgraciada
que los que cuidaban de ella
no la vieron ir arriba,
y...

D.ª ELISA. ¡Se tiró!

D. DIEGO. De cabeza.

D.ª ELISA. Estoy en que así...

D. DIEGO. Es notorio. *(Algo exitado.)*
Esta és, la verdad neta. *(Se levanta.)*

D,ª ELISA. Pero, y yo, he hecho más,
para que así usted se ofenda, *(Levántase tambien.)*
que expresar sencillamente
ó repetir á la letra
lo mismo que usted me dijo
con su habitual manera,
y ver en el dicho aislado
un amenaza indirecta?

D. DIEGO. *(Con afectos alternados de calma y de pasion.)*
Es muy cierto; así lo dije;
no me adulas, ni exageras:
¡Qué puede decir el hombre
que se alucina! Torpezas.

Verdad que tengo esos prontos
bruscos por naturaleza,
y que lo que es natural
tarde ó nunca tiene enmienda;
mas tambien lo es que pasan
por mi como esas centellas
eléctricas, ó cual esos
velocífugos cometas
que cruzan, corren, se pierden
entre las demás estrellas
sin que dejen tras de si
rastro alguno de su huella.

D.ª Elisa. Cuanto siento fastidiarle
con mis pueriles querellas.

D. Diego. Llévese el diablo lo suyo,
mis arranques, y tus penas.

D.ª Elisa. Sí, Tiito.

D. Diego. Sí, sobrina.
Concluyeron mis rarezas.
Con tu miedo me has matado
como el quinto á la mozuela.
Y desde este mismo instante
puedes pedirme aunque sea...
«hasta mi segunda alma,»
pues la primera está muerta.

D.ª Elisa. La segunda, no concibo!
La muerte de la primera
es para mí otro enigma!
Las almas, ¿no son eternas?

D. Diego. Mi primera, el génio fiero,
murió á manos de otra fiera;
«La segunda sobrevive,
y es blanca, rúbia y morena.»

D.ª Elisa. Remendada!

D. Diego. «Pues! mestiza.»

D.ª Elisa. Acabe usted?

D. Diego. Oh! espera,
no te vuelva á dar el miedo;
«La otra alma es la moneda.»

D.ª Elisa. Y dice usted que quiere dármela?

D. Diego. Digo que cuando tú quieras.

D.ª Elisa. ¡Ah! No echaré en saco roto (*Abrazándole.*)
vuestra segunda alma buena,
como nunca olvidaré
de la otra la grandeza!

D. Diego. Ya lo sabes...

D.ª ELISA. Si, tiito.

D. DIEGO. Cualquiera otra friolera
que te se ocurra la pides
muy segura de obtenerla.

D.ª ELISA. Al que dá, no pidas, dice
una muy sàbia sentencia;
y sin embargo; Tiito..,
yo... quisiera... con su vénia...
poder hablar con...

D. DIEGO. Con quién!
con don Nomenclator?

D.ª ELISA. Ea..,
ya lo sabe usted.

D. DIEGO. Bien dicen,
que à los hombres por la lengua:
y á las mugeres, por dónde?

D.ª ELISA. Por donde más la convenga.
Mas, cuidado con el alma.

D. DIEGO. Con qué alma?

D.ª ELISA. Con la primera:
no resucite y nos dé
la centésima jaqueca.

D. DIEGO. Tienes razon. Yo te he dicho,
pídeme otra friolera,
y otra friolera pides.
A ver quién levanta esa
basa tan bien asentada?
No seré yo el que se meta
con un lobo al que ya he visto
empinadas las orejas.
Nada, me voy; mientras vuelvo,
habla, calla, canta ó reza.
(*Dirígese á la puerta de la derecha.*)

D.ª ELISA. Ah! vuelve pronto, Tiito.

D. DIEGO. Tú, quedas ya satisfecha.
Voy ahora á ver que me pide
esta otra papelera. (*Desaparece.*)

ESCENA IX.

D.ª ELISA.

Hoy está al pelo mi tio,
mas contento que unas páscuas.
¿Pues no parece un chiquillo
criado con muchas gachas

á quien ya le agrada todo
como no le place nada?
Con una condicion buena,
y mas de doscientas malas?
Ahora dice que va á ver
qué le pide la criada.
La Saturita dichosa,
que es una solemne maula.
(Se oye á Saturia que grita dentro.)

SU VOZ. No lo oye usted, que á mi... nó!
(Continúa doña Elisa.)

D.ª ELISA. Pues ya está la gresca armada.
Le dice que no, y le admite
todo cuanto la regala;
ya el pañuelo, los zarcillos,
cuando no es una gran bata;
pruebas de cariño que ella
recibe sin decir «gracias:»
y para qué! si mi tio
de hacerla cocos no se harta!
No he visto un viejo como él,
ni es muy fácil que le haya.
Qué tierno! qué derretido!
¡Vaya un tipo de constancia!
Y, ella, la muy... muger de bien?
¡Qué sabe! ¡Cómo le trata!
El dia que màs la obsequia
le pone más mala cara.
¡Digo! Le conocerá?
Tendrá la gran confianza
de que por más que le ofenda,
don Diego no ha de dejarla?
Que el desden es el filon
de mina tan esplotada?
Qué en tanto aquel no concluya
éste irà largando plata?
No de otro modo se esplica
su ingratitud calculada.
Luego, dígale usted algo
sobre tan torcida marcha,
y lo oye como oir llover,
esto es, si no se enfada.
Lo que es yo acerca de esto
no pienso hablarle palabra
aunque presiento y lo siento,
que en su edad tan avanzada

ó cambia el paso ó se muere
de la noche á la mañana.

ESCENA X.

D. Diego y Saturia, *uno en pós del otro, sin alcanzarse, salen por la derecha y se van por la izquierda las veces que se irán anunciando: en una de estas se atraviesa* D. Eloy; *y en la última* D.ª Elisa, *que termina la escena.*

Saturia. Pues no quiere mucho el viejo *(Sale por derecha.)*
si encuentra quién se lo dé:
ni se puede de él fiar,
ni tener chanzas con él,
porque si le dan la mano
se equivoca y toma el pié.
Por supuesto, que estas cosas
no las hace á mal hacer,
si no que es tan retozon
como un niño su merced;
juegos que hay que, si se quiere,
dispensárselos, porquè
el dichoso niño tiene
las onzas de oro á granel.
Y esto, por mas que se diga..,
tiene, mirándolo bien,
segun las últimas coplas.
que han venido, un gran poder.
«Con el oro se vá á los teatros,
»á los toros, tambièn al café;
»con el oro se come y se bebe,
»las mugeres nos dan su querer.»
Te veo! *(Váse por izquierda.)*

D. Diego. Eh! aguarda un poco. *(Sale por derecha.)*
A qué tal prisa, muger!
Espera, ven, oye, toma...
que si quieres..! se me fué:
anda con Dios, te perdono,
al menos por esta vez.
No estoy por la alternativa
de ayer favor y hoy desden;
pero si las circunstancias...
lo exijen! como ha de ser!
Si ella es una niña, y yo...
¡maldita sea la vejez!
si es una flor; y tú, Diego,

estás hecho un cascabel!
¡Ay! qué perdicion de años!
¡Dónde están mis veinte y tres!
cuando querian rifarme
las de quince y diez y seis..!
cuando conmigo soñaban...
y ahora soy yo el qué... ¡Pues! (*Váse por izquierda.*)

SATURIA. Como vá tras de una liebre (*Sale por derecha.*)
tímida osado lebrel,
con fuertes pulmones ella,
y él ya con débiles piés,
mas bien que en ellos fiado,
en la inquebrantable fé
que una constante experiencia
le ha acostumbrado à tener,
de que á la carrera larga
fueron muy pocas las que
de sus garras se escaparon,
así me persigue el buen
don Diego, y sin que se halle
modo de hacerle entender
que el querer es flatulento,
y nos arruga la piél.

D. ELOY. Oye, Saturia; y Elisa? (*Entra por el fondo.*)

SATURIA. A buen tiempo llega usted!

D. ELOY. Pues qué hay!

SATURIA. Dése usted prisa.

D. ELOY. Pero qué hay!

SATURIA. Qué ha de haber;
(*Hace entrar por la izquierda delante de ella y á la fuerza ó á empujones á don Eloy, así que dicen esto:*)
que ande usted hácia adelante.

D. ELOY. Pero no puedo saber
qué es lo que aquí ha sucedido?

SATURIA. Sin moler dice el papel;
antes que con tantos peros
nos llegue don Diego á ver.,
porque entónces...

D. DIEGO. Saturita! (*Sale por derecha.*)

D.ª ELISA. Tiito, llamaba usted..? (*Idem por izquierda.*)
ó es que á mi me ha parecido...

D. DIEGO. Creo que sí; ni lo sé,
si estoy dispierto ó soñando.

D.ª ELISA. Uno y otro puede ser.
Ay, Tiito mio, y cuanto
siento verle padecer!

D. Diego. Ah!
D.ª Elisa. Si..,
D. Diego. Bien...
D.ª Elisa. Tiito!
D. Diego. Mio!
Porque tu eres mi bien!
Sé, sin que tu me lo digas,
lo que tu sufres tambien
viéndome desatentado
tras un fantasma correr;
ir ciego en pos de mentiras
que verdades no han de ser...
nunca, jamás..! lo imposible...
¡Cómo puede suceder!
¡Cómo, lo que ¡buena Elisa!
no tiene razon de ser!
D.ª Elisa. Pues si así es, y lo sabe...
D. Diego. Verdad! lo mismo que sé
que tú has seguido mis pasos,
siempre á mi cariño fiel,
como el ángel que á Tobías
le libertó del cruel
mónstruo que iba à devorarle,
para hacerme conocer
cuán errados ellos fueran,
cuán nécio mi proceder!
Tu mision ha concluido:
sano y libre estoy tambien.
Descansa en tu buena obra,
y en que te la premiaré. *(Vâse por derecha.)*

ESCENA XI.

D.ª Elisa. *Luego* D. Eloy *por la izquierda.*

D.ª Elisa. Y Diós á usted, y le dé
desde hoy mas quieta vida.
Mi mayor premio será
verle en posesion pacífica
de las potencias del alma
que siempre tubo perdidas
por el amor sin principio
ni fin que tubo á las niñas;
que en los demás pecadillos,
ó miserias infinitas
de la vida siempre tubo

la conciencia blanca, limpia.

D. ELOY. Así me gusta encontrarte,
hablando contigo misma.
¿Estás discurriendo acaso,
circunspectísima Elisa,
como por los cerros de Úbeda,
ó la vía de Tarifa
ó como en vereda ciega
ó callejon sin salida
por el furibundo viejo
acosada, perseguida?
Ó metida en calzas prietas,
puesta à estudio, requerida
de que sí á ocultarle vuelves
el sable ó la escopetilla
vas á salir de aquì como...
la otra... por la bohardilla?

D.ª ELISA. Tiito no tiene...

D. ELOY. Enmienda.

D.ª ELISA. ¡Qué dices, de tonterías!
Tiito es todo lo contrario
de lo que tu te imaginas.
Es muy franco.

D. ELOY. Franco y medio.

D.ª ELISA. Muy bueno.

D. ELOY. Mas todavía.

D.ª ELISA. Incapaz de cometer
con nadie una felonia.
Sobrellevándole el génio...

D. ELOY. Insufrible!

D.ª ELISA. Tiene dias!
Si es un viejo, y es un rico,
¿no ha de tener sus manìas?
Si suele tambien tenerlas
un pobre...

D. ELOY. ¡Qué villanía!

D.ª ELISA. Y tambien hay que aguantàrselas...

D. ELOY. ¡Esa si que es picardia!

D.ª ELISA. ¿Qué habrá que hacer con quien tiene
tantos dineros y fincas?

D. ELOY. Eso sí; por ahí me callo.

D.ª ELISA. Y luego que él á su sobrina,
á su Elisa, siempre tuvo
una cierta simpatía...

D. ELOY. ¡Valiente tio don Diego!

D.ª ELISA. No es adululacion indigna,

que es muy desinteresada
mi gratitud, es justicia
decir que es muy franco y bueno.

D. ELOY. Como le ha dicho la mia,
sin maldito el interés,
que es mas bueno todavía,
y mas santo y más bendito
que todo lo que se diga.

D.ª ELISA. Hoy mismo queria entregarme
de mis padres la legítima.

D. ELOY. ¡O qué bienaventurado!

D.ª ELISA. Y añadió que me daria,
además, de su fortuna
unas cien mil pesetillas.

D. ELOY. ¡Dímelo otras tantas veces!

D.ª ELISA. Pues luego, tú, que creias?

D. ELOY. Yo, que habia de creer,
si nada de esto sabía!

D.ª ELISA. Ahora falta lo mejor.

D. ELOY. Mejor que las pesetillas?

D.ª ELISA. La página más brillante
de nuestra biografía.

D. ELOY. Estoy ya que no me llega
la camisa al cuerpo, Elisa.

D.ª ELISA. El párrafo que compendia
la historia de este gran dia?

D. ELOY. Por vida, eh, las digresiones!
y en cuestion tan vitalicia..!
Historia, página ó párrafo,
léemele más aprisa.

D.ª ELISA. Tiito quiere casarnos!

D. ELOY. Acabáras, prenda mia!
(Don Eloy toma y besa repetidas veces la mano á doña Elisa.)
¡Valiente tio tenemos!
digo, tienes tú, Elisita!
Y cuando, cuando te ha dicho...

D.ª ELISA. Juicio, Eloy, que no se diga...
(Suena una campanilla por el fondo.)

D. ELOY. Qué podrán decir, que estoy
reventando de alegría.

ESCENA XII.

D.ª ELISA. D. ELOY. SATURIA *por la izquierda. Luego* ELIAS *por el fondo, quien parodia alternativamente el sordo, el discreto y el tonto.*

SATURIA. Ha llamado el señorito?
D.ª ELISA. No; que es la campanilla
del porton la que ha sonado.
Vé quien es por la rejilla
antes de abrir.
(*Se oye una voz bronca dentro que dice:*)
UNA VOZ. Abre, prima.
SATURIA. Abro?
D.ª ELISA. Abre. No es tu primo?
SATURIA. Sí señora. Entra, Elias. (*Le abre y entra.*)
¿Qué te trae por aquí?
ELÍAS. *(A D.ª Elisa.)* Dios la guarde, Señorita.
D.ª ELISA. Gracias, hombre; qué tal vá..?
ELÍAS. No oyes tú, Saturilla? (*A Saturia.*)
SATURIA. Mira que te está hablando
la señora; ten política.
ELÍAS. Pues no eres tú poco tonta
desde que andas entre usías
D. ELOY. El mozo es corto de génio!
D.ª ELISA. Algo simple; estás?
D. ELOY. No, Elisa.
SATURIA. Y tambien un poco sordo.
D. ELOY. Ni uno, ni otro, Saturita.
SATURIA. Uno y otro, don Eloy;
si no... ahí está su familia
que podrá decir quién és
su hermano ó su primo Elías.
D. ELOY. Oh..! perdona; me olvidé
que eres una de sus primas,
SATURIA. Pero y usted, qué..! y pórqué, *(Alterada.)*
ni á qué, tales pamplinas.
D.ª ELISA. Saturia, este caballero
no te falta!
SATURIA. A qué porfia!
Si falta ó no, él lo sabe.
ELÍAS. Parece que usted me mira
de arriba abajo, y si yo
le miro de abajo arriba,
ya lo veo y no lo veo...

(Elías figura aquí un esparavan, gesto ó ademán ridículo como el de echar mano á un arma oculta, y Don Eloy con susto tambien fingido dá un salto apartándose de él.)

D. ELOY. ¡Maldita sea tu vista!
Vaya un modo de mirar!
Eso es á uso de Melilla!

D.ª ELISA. Ay, por Dios, lleva, Saturia, *(Sobresalto leve.)*
este diablo á la cocina.

D. ELOY. Ay, Saturia. por Dios, llévale
otra vez á Chafarinas.

ELÍAS. Los inocentes no ofenden; *(A D.ª Elisa.)*
descuide usted, señorita.

SATURIA. Guárdese más de este otro
diablo, y no del pobre Elías,

ESCENA XIII. Y ULTIMA.

TODOS.

D. DIEGO. Elisa..!
D.ª ELISA. Tiito..!
D. DIEGO. Quiénes,
son estos caballeritos?
Supongo que será el uno...
D. ELOY. Su servidor.
D. DIEGO. Señor mio,
¿á quién tengo el honor de...
D. ELOY. Es Eloy Carramolino
el honrado en saludar
de su papá al buén amigo,
señor don Diego Hinojosa. *(Se dan las manos.)*
D. DIEGO. Ah! usted és...
D. ELOY. Pues! el mismo.
D. DIECO. El hijo del Brigadier...
D. ELOY. Sí, señor, de ese apellido.
D. DIEGO. ¡Esto es providencial!
Venga un abrazo, querido! *(Pausa. Se abrazan.)*
Elisa, el señor es un
hijo de un amigo íntimo;
de todo un buen militar,
el cual atacó conmigo,
á las órdenes del Duque,
el fuerte de Guardamino;
y más tarde en Castellote
Salimos los dos heridos.

¡Qué rara coincidencia!
¡Haber traido el destino
tan digno esposo ¡ó Elisa!
al ídolo de su tio!
¡Cosas hace la fortuna
que á cualquiera quedan vizco!
Recibíd mi parabien..!

(Doña Elisa y D. Eloy de rodillas ante D. Diego dicen à una voz.)

Los dos. Y su bendicion, Tiito!

D. Diego. ¡Qué bendicion... eso... allá...
¡Si seré yo algun obispo!
Alzad, y fuera homenages, *(Se levantan.)*
de que no me juzgo digno.
Yo soy castellano viejo,
y el pan, pan; y el vino, vino.
De consiguiente contad
con mi afecto y mi bolsillo.

(Pausa. Doña Elisa y D. Eloy abrazan á Don Diego á la vez ó juntos, y no se desprenden de él hasta haber dicho á una voz las siguientes exclamaciones.)

Los dos. ¡Valiente tio tenemos!
¡Qué D. Diego mas bendito!
¡Qué franco... ¡Qué natural...
Y qué hermoso..! *(Le sueltan.)*

D. Diego. Voto á brios! *(Sofocado.)*
Si me ahogais ántes de tiempo,
¿cómo os doy lo prometido?
si acaso, ahogadme despues
de que lo hayais recibido.

D.ª Elisa. Oh! perdónenos usted..!
¡Es usted tan bueno...

D. Diego. Digo,
que aquí no ha pasado nada:
que dejo á vuestro alvedrío
el cómo y cuando... las cosas,
y negocio concluido;
pues que desde hoy mismo sois,
no mis sobrinos, mis hijos.

(Don Diego vá á retirarse, pero se lo impide Elias poniéndosele delante.)

Elías. Usted, Usía ó Vuecencia..,

D. Diego. Quien es este palomino
aturdido?

Elías. Aguarde un poco,

D. Diego. Otro sobrino adoptivo?

ELÍAS. Maldito sea el terral..!

D. DIEGO. Es tonto, ó sordo? *(A Saturia.)*

SATURIA. Un poquito:
hay dias que necesita
una trompeta mi primo.

D. DIEGO. Ya! que es primo tuyo...

ELÍAS. Quita, *(A Saturia.)*
que ahora está hablando conmigo.
Dígame á mi lo que guste *(A D. Diego.)*
que yo estoy para servirlo.

D. DIEGO. Qué haces que no te pelas..! *(Alta voz.)*

(Elías se quita la gorra y presenta su cabeza pelada como una calavera.)

ELÍAS. Si lo estoy ya, señorito;
y ahora me voy á ir al coto...

(Pausa. Momento de hiralidad. Los actores se rien exclamando todos á una voz, y haciendo cada uno su respectivo particular gesto de sorpresa.)

LOS ACTOR[s]. Ay! Jesús! Qué horror! Qué vicho!

D. DIEGO. Estás hecho un saltim-banquis.
Y, por fin, á què has venido?

ELÍAS. A decirle á usted que soy *(Se pone la gorra.)*
el novio de este otro ídolo: *(Señala á Saturia.)*
y no atestiguo, señor,
ni con muertos ni con idos,
que ahí está él, digo, ella,
que no podrá desmentirlo.
La fortuna, como es ciega,
ni sabe à quien ha traido
á oir, ver y conocer
à un D. Diego tan benigno;
mas cuando ella lo ha hecho..!
yo en eso no toco pito,
que hace cosas la muy pícara
que le quedan á uno vizco!
Tal vez sea su intencion
que sea V. mi padrino,
apañando mi negocio
como el de estos señoritos;
dándome á mas de su vénia
aunque sea un empleillo;
que Dios se lo aumentará
de gloria.

D. DIEGO. ¡Valiente pillo!
¿Quieres ir á hacerte cargo
de uno de mis cortijos?

ELÍAS. Que si quiero..! pues podia
despreciar el ir à un sitio
donde se trabaje poco
y haya mucho trigo y vino.
Nada; no hay mas que decir;
está aceptado el partido
que usted me hace, don Diego.
Ahora voy con su permiso
à preparar el viage,
y á dejarlo todo listo,
para cuando usted disponga,
hoy, mañana, ó ahora mismo,
tomar las de Villadiego...

D. DIEGO. Bueno, allá irás el domingo.

ELÍAS. Pues música de talon,
y cántico de camino.
(*Desaparece por el fondo haciendo un gesto á Saturia, y preludiándola el estribillo: «Ahora si que estarás contentona, etc.*)

D. DIEGO. Y este es el tonto y el sordo?

D. ELOY. Un desertor de presidio,
eso es lo que es ese tuno.

D. DIEGO. Entónces... á Dios, cortijo!

D. ELOY. Y á Dios trigos, y á Dios pasas,
y, sobre todo, á Dios vinos. (*Cae el telon.*)

FIN.


3 0112 115874338

OBRAS INÉDITAS DEL MISMO AUTOR.

Ayelah, drama histórico en cuatro actos, en verso.

Juanes y Marias, comedia de costumbres en tres actos.

El Tio Jareta, en un acto.

Maria de las Nieves, ó historia de una malagueña, novela histórica, dos tomos.

Colecciones de poesias, un tomo.